

Julio Scherer

Poderees de la palabra

Ignacio Solares

La máxima leyenda del periodismo mexicano en la segunda mitad del siglo xx, Julio Scherer García, murió el 7 de enero pasado en la capital del país. Reconocido por su valor para ejercer la crítica de los poderosos, Scherer también merece elogios por la claridad y precisión de su prosa, como señala Ignacio Solares.

Para Carmen Aristegui

Poco se ha dicho de un elemento fundamental en los trabajos de Julio Scherer: la claridad y belleza de su lenguaje. Además, con un ritmo y una capacidad metafórica admirables. Esa sustancia inmaterial, huidiza como el azogue y, sin embargo, esencialmente humana que es la vida hecha palabra —la imagen que nos deslumbra como un flashazo, la anécdota necesaria para adentrarse en una situación o en un personaje, la denuncia demolidora y descarnada— es el prisma a través del cual las entrevistas y los reportajes de Julio Scherer nos muestran el mundo, su mundo, nuestro mundo, el que él vino a develarnos para entendernos y conocernos mejor. Una realidad real, decíamos, brutalmente real, pero también suspendida y sutil como en las descripciones que mencionaremos más adelante, en las que la materia periodística parecería haberse contaminado de una cierta idealidad poética. Pero Scherer se detiene ahí. Mejor dicho, antepone siempre al periodista “que escudriña”, como quien rasca en la tierra para encontrar su centro. Por ejemplo, esta descripción de la voz de Chou En-lai, en una entrevista que le hizo en 1971:

Hay voces, como conductas, que se parecen al acero. La voz de Chou En-lai es una de ellas.

O esta otra de una entrevista con André Malraux (y que no ha sido rescatada en libro, por cierto):

Tiene la mirada tres llamaradas: cuando odia, cuando ama, cuando se inmoviliza en la reflexión profunda. La de Malraux es introspección patética. Se duele el escritor en la búsqueda de lo que quiere expresar. Sus ojos, sólo luz, son el centro de una cara que se resuelve en labios que se retuercen, tics que se multiplican. Toca lo angustioso este rostro conocido en el mundo entero, admirado por Mao Tse-Tung, respetado por De Gaulle, amado por Nehru, odiado por los verdugos de la Gestapo, venerado por los republicanos. Malraux se agita en su silla como en un velero. Sufre y verlo hace sufrir. Bebe como quien fuma. El movimiento que lleva el whisky a los labios tiene el suave ritmo del gimnasta. Aquietan la atmósfera estos segundos de sosiego, de cabal dominio del escritor sobre sí mismo.

No he leído mejor descripción del autor de *La condición humana*, cuando es uno de mis autores predilectos y he leído cuanto libro y artículo he encontrado sobre él.

De Siqueiros:

Los ojos verdes de Siqueiros están inyectados. Dice que esto se debe a que pintó toda la noche alumbrado por una lámpara de gas. Le negaron las autoridades del penal la luz eléctrica, pero él se empeñó en continuar un cuadro con escenas de la visita dominical a los reclusos de la Penitenciaría. No se detuvo, porque percibió dentro de sí esa claridad que algunos llaman inspiración... Bien observados, los ojos de Siqueiros parecen el cuadro de un impresionista. Incontables estrías rojas los marcan por todos lados. La córnea ha cedido el espacio a esas líneas diminutas que tienen la finura de las astillas ínfimas. El artista se frota los ojos y acaba por protegerlos con unas gafas de cristales redondos, cuyo armazón carece de una “pata”, lo que les da una apariencia vieja y miserable. Así se ve también el pintor, viejo y gastado, con su traje de presidiario, el gesto triste y la humilde gorra entre las piernas.

También baste revisar este breve fragmento de la entrevista con Pinochet en *El perdón imposible*:

Sentí su pesado rostro sobre el mío, los ojos de un azul impreciso, confundidos la acuarela y el acero.

—Estoy aquí para entrevistarlo, general.

Inició un monólogo: el cáncer marxista, la patria recobrada, el heroísmo de las fuerzas armadas, la fe, la justicia, la reconstrucción nacional.

Sólo este periodismo literario dispone del elixir para dejarnos una imagen imperecedera de un personaje trascendente. Por ejemplo, este Pinochet que ya es más real que el que pudo habitar en la realidad real:

Insistí. El periodista escudriña, cumple así con su deber. Nada iguala al diálogo espontáneo, inapreciable como testimonio político y humano. Exasperado, Pinochet elevó la voz. Percibí su registro nasal. Se puso de pie, yo también. Erguido y escultórico, horizontal el brazo derecho y extendida la mano, señaló hacia la puerta como quien señala al abismo.

“Pienso ahora que sólo cuando están unidas la soledad, la reflexión y el sufrimiento hay maneras de intentar una transformación o al menos un cambio personal”, dice Scherer en algún momento.

O:

Tiene la mirada tres llamaradas: cuando odia, cuando ama, cuando se inmoviliza en la reflexión profunda.

Pero da una vuelta de tuerca a su tema:



Julio Scherer con Gabriel García Márquez, Juan Ramón de la Fuente e Ignacio Solares en la rectoría de la UNAM, noviembre de 2004

Sin amor, la libertad no tiene sentido.

Y:

Si no hay compasión por la persona amada, la vida se extingue.

En sus libros, Scherer fue capaz de confesiones desgarradoras que, yo por lo menos, no recuerdo que realizara en ningún otro sitio:

Consumido por el resentimiento que me había provocado la pérdida de *Excelsior*, entre la noticia y la amistad, optaba por la noticia. Frente al periodismo no conocía límites, decía.

Un libro tan admirable como *La terca memoria* se convierte en algo así como una mano que tiene la esfera de su propia vida entre los dedos. La mira, la mueve y la hace girar, palpándola y mostrándola. Miren, vean: eso soy yo. La abarca íntegramente por fuera (como lo hace siempre la mejor literatura) y a la vez busca penetrar en la transparencia luminosa que cede poco a poco a un ingreso íntimo y a la topografía de toda una vida. De sus frustrados años en el Colegio Alemán a su vocación para denunciar las corruptelas del poder:

Vimos claro en *Proceso*. Fuimos agresivos para el medio mexicano, agoreros de todos los males, catastrofistas...

Gracias por todo, Julio. **u**